

## Obediencia<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En: Bruno Maggioni, *Alle radici della sequela*, Ancora, Editrice, 2010; Cap. VIII.

### La obediencia de Jesús al Padre

Puede parecer paradójico, pero la categoría que mejor nos permite comprender a Jesús es la de la obediencia (cf. Flp 2, 6-11); no sólo para comprender su espiritualidad, sino precisamente su identidad.

La autoridad de Jesús se fundamenta precisamente en la obediencia. Es porque refiere las palabras del Padre que sus palabras son decisivas, tienen autoridad, son dignas de ser escuchadas. Y es porque en toda su vida no hizo otra cosa que obedecer al Padre que Jesús es el revelador del Padre.

El himno a Cristo, tal vez un himno litúrgico, que se lee en Flp 2,6-11, no es una especulación sobre la naturaleza de Cristo, ni directamente un discurso sobre su persona, sino la narración de su historia, agrupada en torno a dos antítesis: Dios y hombre, siervo y Señor. Como hombre presenta la historia de Jesús como un camino de compartir, como siervo la presenta como un camino de obediencia. Esta última actitud es tan importante que aparece como la perspectiva desde la que se puede entender toda la existencia histórica de Jesús: "haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz" (Flp 2,8). Jesús vivió una existencia de escucha de Dios, sometido a su voluntad: es el doble sentido de los *ypekoos*. Y para subrayar la totalidad y la profundidad de esta obediencia, añadimos "hasta (*mechri*) la muerte, precisamente la muerte de Cruz". *Mechri* puede significar extensión y duración: Jesús fue obediente durante toda su vida, desde el nacimiento hasta la muerte. Y puede significar intensidad y grado: fue obediente hasta el punto de dar su vida, sin retirarse incluso delante la ignominia de la Cruz. Leyendo la historia de Jesús, el himno no se centra en el poder de los milagros, ni en la autoridad de su enseñanza, sino en la radicalidad de su obediencia.

El evangelio de Juan está particularmente atento a captar el espesor teológico de la obediencia de Jesús. No es sólo el Hijo encarnado, enviado al mundo y que ha asumido plenamente la condición de hombre: es el Hijo *obediente* que, haciéndose hombre, sigue viviendo en su existencia humana su vocación más íntima, que es la obediencia y la escucha. La obediencia del hombre Jesús es la transcripción histórica de su condición de Hijo, la reproducción entre nosotros de aquella actitud de "volverse al Padre" (Jn 1,1) que siempre ha vivido en el seno de la Trinidad. Jesús parece anular radicalmente su voluntad en la obediencia total, pero es precisamente en esta obediencia donde encuentra su libertad y su consistencia como Hijo.

El pleno reconocimiento de la primacía de Dios hace de Jesús un hombre "libre" frente a las costumbres sociales y culturales y a las prescripciones legales y rituales que provienen de los hombres y no de Dios, y que, por tanto, mortifican a menudo al hombre en lugar de liberarlo. Sin embargo, Jesús también se muestra observante de las leyes de su pueblo, como lo demuestran muchos episodios de su vida. Argumenta contra el ritualismo y el formalismo, pero no concluye con la abolición de las observancias rituales y disciplinarias, sino que afirma -desde la primacía del amor- que estas cosas deben hacerse y aquellas no se dejan fuera.

### La obediencia del cristiano

La obediencia de Jesús al Padre es ciertamente para nosotros la razón y el modelo de toda obediencia. Sin embargo, el verdadero problema para nosotros no es sólo la escucha de Dios y la obediencia a su voluntad, sino el hecho de que la voluntad de Dios llega a nosotros -sobre todo- a través de la mediación de hombres 2

constituidos en autoridad. Que la obediencia a él pasa por la mediación de las autoridades humanas es esencial. Esta forma de obediencia la mediata encuentra su exigencia -y su fundamento- en la nueva forma de la presencia del Señor. Los discípulos - durante la vida de Jesús - no tenían necesidad de mediación, porque el Señor estaba visiblemente entre ellos. Pero después de Pascua ya no es así. La modalidad de la presencia cambia, y la modalidad de la escucha y la obediencia cambia en consecuencia. Los Evangelios son concedores de ello (Mt 10, 40-42). El Nuevo Testamento mantiene firme el principio de que en la nueva comunidad está presente el Espíritu que la guía distribuyendo sus dones; sin embargo, es igualmente claro que el Espíritu no actúa de una manera, por así decirlo, inmediatamente transparente. En cambio, está presente y actúa en el *lugar humano*, a través de la autoridad de los hombres (los apóstoles y los sucesores).

Es inútil decir que también estas notas sobre la obediencia conciernen a la existencia cristiana y no sólo a la vida consagrada, aunque la vida consagrada tenga sus propias mediaciones. La singularidad de la obediencia religiosa no se busca fuera de la obediencia de Jesús y de los discípulos. Al menos aquí no es donde encuentra su fundamento. La singularidad de la obediencia religiosa no está en una diversidad de obediencia, ni en un fundamento diferente, sino en la *radicalidad de su aplicación*.

### **La obediencia de la autoridad**

La autoridad, que ya es estructura de creación, se vuelve evangélica si asume *visiblemente* la forma del *servicio*. La forma del servicio de la autoridad presupone un modo preciso de pensar Dios y de pensar la existencia. El ejercicio de la autoridad es siempre *revelador* de una teología y una antropología. En la forma y modalidad de ejercer la autoridad se manifiesta la lógica que guía toda la existencia de quien la ejerce.

Por eso se puede decir que la primera obediencia pertenece a la autoridad. Los criterios que guían la autoridad no pueden ser otros que la fidelidad al Evangelio, la edificación común y las exigencias personales de los súbditos. Se puede hablar de una triple obediencia a la autoridad: al evangelio, a la edificación común, a la persona y a las situaciones. El servicio de la autoridad es sin duda una obediencia. La función del superior es la de comprender y ser capaz de diálogo y decisión, constructor de comunión y capaz de soledad.

Añadiré que la autoridad también debe asumir riesgos en lo que es discutible y que la obediencia también se ejerce en lo que es discutible. Ignorar esta "historicidad" significa ignorar lo que es típico de la experiencia religiosa cristiana, es decir, su historicidad. Esto significa que tengo que observar hoy lo que, con razón, se puede cambiar mañana. Y significa aceptar cordialmente que mañana será cambiado lo que hoy me ha costado mucho obedecer. Esto se aplica tanto a la autoridad para ordenar como a los súbditos para obedecer.

### **Obediencia y libertad**

Obediencia y libertad parecen ser dos actitudes opuestas. Pero según el evangelio, no es así. Dos textos bíblicos, que son, en mi opinión, de gran importancia para la vida cristiana y religiosa, son suficientes para convencernos de ello. Dirigiéndose a los judíos que habían creído en él, Jesús les dijo: "Si permanecéis fieles a mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" (Jn 8,31). La libertad evangélica está enraizada en la palabra de Jesús, por lo tanto, en una palabra, que no es la tuya, sino la de otro. Esto es suficiente para decirnos que la libertad está en la obediencia. Además, la libertad exige un "permanecer", una nota de inmovilidad y fidelidad, que puede parecer lo contrario de la libertad, si por libertad entendemos la posibilidad de hacer lo que uno quiere. La libertad se vive en el discipulado, lo que habla bien de pertenencia y dependencia. Para ser libre, finalmente, es necesario conocer la verdad, es decir, 3

pertenecer a la verdad, ser obediente a la verdad. Por lo tanto, lo que hace posible la libertad, dicho de una manera u otra, es siempre pertenecer a la verdad de Dios.

Otro texto muy significativo es Gálatas 5,1ss: Cristo nos ha liberado para la libertad (5,1), y el cristiano está llamado a la libertad (5,13). Pero es una libertad que es don de Cristo, una libertad extrovertida, cuya medida está fuera de sí misma, opera en el don de sí misma, no en la posesión de sí misma. El espacio de libertad es el servicio de la caridad (Gal 5, 13). Podemos decir que para Pablo la verdadera libertad es la Cruz, que es obediencia al Padre y don de sí mismo a los hermanos. Jesús es libre de sí mismo para obedecer a Dios. El perímetro de la libertad es la obediencia a Dios, a su Palabra y también, obviamente, a la comunidad a la que uno pertenece.

¿Qué hay de la libertad de nuestra conciencia? Ciertamente, la fidelidad a la propia conciencia no se anula. A condición, sin embargo, de que se entienda que la conciencia está llamada a reconocer la verdad, no a someterla a sus propios intereses. Por lo tanto, la conciencia necesita ser confrontada con la Palabra de Dios, pero también con la enseñanza viva de la Iglesia y con aquellos que están investidos de autoridad. Si es verdad que la conciencia tiene la última palabra (de la que, de hecho, debe responder ante Dios), es igualmente cierto que nada puede eximirla de una confrontación, no sólo con el Evangelio, sino también con las decisiones de la comunidad y de los mismos superiores. De lo contrario, sabemos muy bien que la tarea de la conciencia no es fácil. La verdad no siempre sale a la luz a primera vista. A menudo se requiere una búsqueda difícil que involucra investigaciones, confrontaciones, reflexiones, cálculos. Todos los instrumentos de la inteligencia humana deben ponerse al servicio de la búsqueda leal y desinteresada de la llamada que Dios dirige al creyente en esa situación particular. Y debe ser una inteligencia llena de amor por la verdad. Y llena de disponibilidad para la caridad y el servicio.

Una última declaración. La obediencia es la actitud del hombre que no quiere ser original a toda costa, sino que acepta ser la transparencia del Otro. No está ansioso de nuevas palabras, sino sólo de palabras verdaderas.

He dicho que el obediente es un hombre que renuncia a ser original. Pero permítanme decir que un hombre que es completamente sumiso a la verdad es tan raro que se vuelve, desde luego, también profundamente original.

### **Para la reflexión personal:**

A) ¿Qué es lo que más me llamó la atención en este texto? ¿Por qué? ¿Qué desafíos plantea a mi experiencia de obediencia?

B) A la luz de este texto me pregunto:

- ¿Cómo tengo ofrecido la total entrega de mi voluntad a Dios? ¿Qué ejemplos concretos lo muestran?
- ¿Cómo es mi relación con las figuras de autoridad? ¿Qué experiencia tengo de reconocer la voluntad de Dios para mí a través de ellas? ¿Qué me mueve dentro cuando les obedezco?
- ¿En qué momentos, situaciones y con qué consagradas (directoras, formadoras...) fue más difícil para mí percibir la voluntad de Dios? ¿Cómo me sentí en estas ocasiones y frente a estas consagradas?
- ¿Cómo he vivido la cercanía, la confianza, la escucha, la apertura y el discernimiento requerido por la obediencia en la relación con las directoras? ¿Con qué y con quién confronto las decisiones que tomo en mi vida diaria? ¿Qué me ha resultado más difícil?